

y, si no lo soy, contaré la bromita que me echó por la tarde en el museo del Prado, frente a la fragua de Vulcano — le expliqué a mi amigo intentando devolverle la confianza en mis dotes creativas que, por su actitud distante y la mirada ausente que dedicaban a los papeles, me daba la impresión de que empezaba a perder — por tener tan poquísimo peso y tan prácticamente



nulo sentido de la responsabilidad tomando decisiones de tanta importancia y que afectan de un modo tan esencial a, dijo, "las vidas de todos nosotros" e incluso, abundó, las de personas del todo inocentes que están lejos tan tranquilas o tirando de sus propios problemas como pueden o su creador les da a entender y no tienen la menor idea ni de nuestras existencias ni de los líos que nos tramamos.

— Con lo sencillo que hubiera sido que usted — "me reprochó, ahincándose con el catálogo", catálogo que en realidad no era tal sino un periódico deportivo, doblado, que llevaba bajo el brazo un hulecillo de mano azul que tomaba un cortado en la barra¹ — se inventara otro tipo de historia; de otras gentes que no fuéramos ni yo, ni mi marido, ni sus padres ni mis hijos ni nadie de nuestros familiares² ni

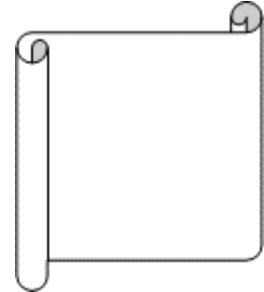
¹ Pero mi amigo no iba a notar la diferencia porque estaba de espaldas.

² Porque que qué falta nos estaba haciendo, dijo, a nadie, ninguna hermana de Calisto para total estado sin su haber, la pobre, ligada a su ser en nombre de una ficción que adjudicaba ni poder solar con, al menos, ocupar su lugar en el índice de personajes. Y yo le hubiera contestado — pero no se lo dije a mi amigo porque a la vista de la cara de poco interés que tenía cuando que era mejor abreviar y no meterse en filigranas — que, bueno, la noticia había sido oscura (que cuando tal vez de que la conexión telefónica no fuera muy buena) y a lo mejor la cosa no era tan grave, y así se reanuda, si no se reanuda. "¿El mismo nivel — que no lo dije, claro, por aquello de no estruendos con mi amigo y aquella pinta de barto — al hijo, el que tiene; en él se verá perpetuada, y en sus

Versaciones de un chupaplumas

Jamás lo escribiría

[1]



no por lo que en un primer momento no se me habría pasado jamás por la cabeza {de no ser por las insinuaciones veladas de Lola (dando a entender que si había acariciado la idea de que Sonia pudiera tener una aventura extraconyugal mejor me olvidase de ella, que a lo mejor era verdad, y tenía razón, y yo no iba a saber desenvolverse en situaciones —que entre amantes es de suponer que antes o después se darían— imprevistas de las que, aunque eso Lola no lo sabía y no podía ser el motivo por tanto de que ella dijera que yo no sabría, no había tenido yo la más remota sospecha de que pudieran acontecer y, por tanto, no me había ocupado de concretar con mi amigo cuál debería o fuese conveniente al menos ser mi actitud y forma de proceder)¹ advirtiéndome, aunque con su inveterada elegancia, que eso sería tirar por lo fácil, por lo previsible y que (o intuí yo al menos por la mirada un poco triste que me dedicó) la estima en que ella me tenía se vería muy mermada} y que habría sido, además y de forma ignominiosa, atentar sin motivos probados contra la honorabilidad de Sonia cuando tal vez —y pese a lo que las apariencias pudieran sugerir, pero todo el mundo sabe (excepto mi madre, claro, que no es que no lo sepa pero ella siempre elige quedarse con las posibilidades más escabrosas, de lo que sea, y si le llevas la contraria o simplemente te atreves a mencionar que las cosas, todas, pueden tener más de una lectura, te suelta “piensa mal y acertarás” y, mi amigo, cuando se lo comento, me dice “¡pues por eso precisamente el razonamiento de tu madre no sirve” porque, dice también, al lector hay que sorprenderlo— lo del pelo mojado tuviese

¹ Dice Ramírez, aunque si Gutiérrez ha vuelto de vacaciones tendrá que ser él quien lo diga, aunque a mí me gusta más Ramírez.

una explicación tan sencilla y del todo inocente como que (idea por cierto de mi amigo, pero que me dice que no ve necesario que lo especifique puesto que ambos somos como si dijéramos un solo “yo” que, también por cierto, no he sabido nunca si debo sobreentender como el suyo por ser él lo que yo llamo “el cerebro” de nuestra empresa o el mío por ser lo que él denomina “el brazo ejecutor” sin el cual, dice, la empresa no sería la misma o, incluso, abunda, ni siquiera sería)² que se hubiera averiado la caldera y se hubiese ido a duchar a, por ejemplo, casa del vecino al que prestó los zapatos de color pistacho y el bolso a juego aquella vez que tuvo, y que si me acuerdo, la crisis de identidad. Y le digo que sí, que me acuerdo perfectamente, y que lloraba el pobre como una Magdalena.



² Esta idea, como la de las insinuaciones veladas de Lola de más arriba, me parece que sí que es mía; o en todo caso de Ramírez, porque he consultado el calendario de vacaciones y Gutiérrez no vuelve hasta la semana que viene.